

LA CHINA COMUNISTA: PANORAMA DE LA NUEVA REVOLUCIÓN

ROBERT A. SCALAPINO
Universidad de California, Berkeley

EL PARTIDO comunista ha mantenido el poder en el continente durante casi diecisiete años. Éste es un momento fugaz si lo comparamos con los milenios de historia china —pero estos años no pueden medirse en términos ordinarios. La China se ha visto sujeta a sucesivas oleadas de cambios que quizá se comprendan mejor a través de la fórmula leninista-maoísta, “dos pasos hacia adelante, uno hacia atrás”. No obstante, es evidente que Mao y sus simpatizantes están en este momento profundamente insatisfechos, tanto con el ritmo como con el carácter de la revolución. Para ellos, lo “viejo” todavía frustra y restringe lo “nuevo”, y observan con desdén a los comunistas de hoy, chinos y extranjeros, que en su opinión han reducido su ritmo de acción y no han conservado su fe.

Visto desde esta perspectiva, Mao Tse-tung puede muy bien pasar a la historia como el ideólogo más avanzado de su tiempo, un conductor deseoso de especular con la doctrina y, más exactamente, con la pureza de su doctrina, ante la evidencia creciente de que algunos elementos claves de su credo no pueden sostenerse en la práctica. Si esto llegara a comprobarse, resultaría terriblemente irónico, porque los grandes éxitos de Mao en el pasado fueron precisamente consecuencia de la unión de la ideología con la experiencia práctica, y de su aguda penetración del movimiento de la política china.

Por lo general, aquellos que oficialmente han sido investigados con la toga maoísta siguen el sendero de la revolución permanente. Reclaman que se adelante el momento revolucionario: deben renovarse las metas originales, purificarse los métodos y los líderes; y sobre todo, debe protegerse a la nueva generación china contra los males del revisionismo y el capitalismo. Sólo de esta manera puede llegar a ser inmortal la revolución (y Mao). Sólo de esta manera se puede evitar la tragedia de la revolución soviética (y Stalin).

¿Puede explicarse la actual crisis de China solamente con base en la paranoia de un líder que envejece —la complejidad de sus temores y esperanzas, sueños, frustraciones y sospechas— y la lucha sórdida por la sucesión que ahora, inevitablemente, parece acompañar el cambio de caudillaje de una primera a una segunda generación comunista? Creo que no se pueden considerar aisladamente estos aspectos mientras formen un elemento importante y aun vital en la crisis, y sólo pueden ser interpretados adecuadamente basándose en el fondo más complejo de las fuerzas que los provocan.

En primer lugar, es importante señalar el hecho de que los años 1957-1958 representan un momento muy importante en la historia del poder comunista en China. Estos son años que separan un período de éxito de uno de fracaso. Y apenas es necesario advertir que, cualquiera que sea el carácter de un régimen, el éxito tiende a unir la autoridad, el fracaso a separarla. ¿Por qué es justificado hablar de los primeros ocho o nueve años de gobierno comunista como “años de éxito”? Sin duda, ni los problemas ni la muerte violenta faltaron durante esos años. Después de más de una década de guerra civil e internacional, China quedó postrada, en una situación económica caótica y con tremendas grietas políticas. No obstante, los chinos comunistas enfrentaron estos problemas con valor, y los trataron en forma masiva, no exenta de rudeza.

La autoridad de las llamadas clases “feudalistas” y “capitalistas” —la alta burguesía rural y la clase urbana en evolución— fue desbaratada, y el Partido comunista chino se convirtió en la única fuente de poder —un partido conducido mediante la unión de clases intelectuales (o cuasi-intelectuales) y militares (o cuasi-militares), pero éstos eran hombres que llevaban la sobrecarga de un pasado campesino, heredado tanto de la alta como de la clase media rural. Ningún estudiante de la China moderna podría pasar por alto el hecho de que el comunismo chino, a pesar de su molde intelectual urbano, fue dominado por los campesinos después de 1927 y que ha continuado reflejando desde ese momento, en ciertos aspectos vitales, la segmentación rural-urbana, básica en todas las sociedades en formación. En realidad, diría que la división rural-urbana y la constante vitalidad del regionalismo, representan dos aspectos de suma importancia para comprender

la naturaleza de los acontecimientos recientes en la China comunista, y a ellos me dedicaré más adelante.

Los comunistas chinos adoptaron diversas tácticas para nivelar aquellas fuerzas que para ellos simbolizaban el viejo orden. En las áreas rurales —que abarcaban un 80 % de la población— se llevó a cabo una sangrienta purga contra la alta burguesía campesina. Fueron ejecutados cientos de miles de individuos —y quizá más— señalados como “reaccionarios” o como “contrarrevolucionarios”. Aquellos que escaparon a la muerte fueron, en muchos casos, “remodelados” en los campos de concentración y se les impuso “el nuevo pensamiento”. Los comunistas no vieron la posibilidad de emplear a la alta burguesía de manera útil, y creyeron que los viejos símbolos de autoridad rural debían ser destruidos completamente si se quería hacer de los campesinos buenos comunistas. No obstante, en los centros urbanos, los capitalistas condescendientes recibieron, en general, un trato menos duro. Su capacidad de administración era, en potencia, tan útil como su capital. La experiencia comunista antes de 1949 se había desarrollado esencialmente en las áreas rurales, y los cuadros veteranos tenían una profunda ascendencia rural. Por lo tanto, era esencial para los comunistas apoyarse en los no comunistas para la administración y dirección urbana durante el período inicial, y dada la magnitud de la obra, esto valía también, hasta cierto punto, para las áreas rurales. Un buen número de exkuomintang, funcionarios civiles y militares, hicieron una transición satisfactoria, como lo había hecho ya una buena parte de la vieja clase dirigente e intelectual. Solamente en el campo la autoridad tradicional sufrió un asalto masivo. En este sentido, los comunistas estaban usando otra vez las áreas rurales para cercar las ciudades, esta vez en términos políticos antes que militares.

La imposición de la ley y el orden, después de años de contienda y separación, era de por sí un gran éxito, y por supuesto, tuvo un impacto económico significativo. En general, el período que transcurre entre 1949 y 1958, significó años de un apreciable desarrollo económico. Hasta 1952, el nuevo régimen se concentró en la rehabilitación. Se repararon las comunicaciones. Se reconstruyó el sistema de riego rural. Se consiguió la estabilidad monetaria por medio de un sólido sistema de impuestos. Los alimentos y la materia prima se distribuye-

ron con más eficacia y equidad, y una burocracia si no experta, por lo menos relativamente honesta, se puso como timón del Estado.

En 1952 se introdujo el Primer Plan Quinquenal elaborado bajo la guía económica de la URSS. En esta época, el lema "Aprender de la experiencia soviética" se aplicó a una gran cantidad de actividades, incluyendo la teoría económica básica y la práctica. Se adoptó un plan económico fundamental en el que se señalaban las tasas de crecimiento a alcanzar en todos los aspectos de la economía, se incrementó la inversión industrial, especialmente la industria pesada, y se concedió amplio apoyo al programa militar. La organización de la estructura mostraba también una fuerte influencia soviética en la administración burocrática, casi completamente centralizada en Pekín —que manejaba las industrias importantes. Aparte del sacrificio, lo que se consiguió fue: trabajo duro, limitación en el consumo individual y poca ventaja para la inversión agrícola.

No cabe duda de que la ayuda soviética fue de gran importancia para la industrialización de China hasta 1958, a pesar de que las concesiones soviéticas eran menos generosas de lo que varios camaradas chinos hubieran deseado. La ayuda económica soviética durante 1960 alcanzó probablemente los 500 millones de dólares y se concentró especialmente en cerca de 200 proyectos industriales importantes que se emprendieron durante ese período. No obstante, esta ayuda no puede medirse únicamente en términos monetarios, puesto que el valor de los planos, de los técnicos especializados y de los estudiantes chinos preparados en la Unión Soviética (casi 10 000) no pueden convertirse al valor del rublo o del yen. Es suficiente decir que la estabilidad política y la ayuda soviética fueron factores fundamentales para el desarrollo de la economía china entre 1950 y 1958.

También durante este período, el Estado se benefició con la expropiación de capitales locales y extranjeros. Más aún, se pudo obtener una considerable herencia técnica, legada a la costa china y a Manchuria por los japoneses y por otras fuentes extranjeras. Debe recordarse que no se había desarrollado en forma notable la capacidad técnica y científica; además, los comunistas chinos consiguieron persuadir a un buen número de estudiantes a que regresaran del exterior y asumieran car-

gos como ingenieros, científicos y administradores. En resumen, la primera época del período comunista se benefició con una cierta acumulación de capital y de experiencias obtenidos del pasado, sobre las que el régimen pudo establecerse con un costo inicial mínimo. Las pruebas de que se disponen sugieren que al utilizar estos recursos, la República Popular China alcanzó entre 1952 y 1957 una tasa media anual de crecimiento de casi un 9 %, si se aceptan los datos básicos proporcionados por el régimen, y según algunos economistas americanos, alcanzó el 6 o 7 %. De cualquier manera, el beneficio fue sustancial. El crecimiento agrario fue menor que el industrial y las ganancias de la población debieron haberse mantenido, durante este período, casi a un mismo nivel de producción per cápita, pero no puede dudarse de que, en general, el crecimiento económico fue excelente, y si se empleaba la ayuda soviética —junto con un programa económico adecuado— el futuro no tenía que ser necesariamente sombrío.

En el plano político, parecía que se hacían progresos importantes en la construcción de la nación. Utilizando toda la formidable organización técnica con la que habían experimentado largo tiempo, los comunistas establecieron rápidamente una red de unidades locales y regionales que atravesaban el inmenso territorio, y más que en ninguna otra época de la historia china, la autoridad del partido pareció alcanzar al individuo mismo cualquiera fuese su ocupación, situación o raza. Seguramente hubo problemas, especialmente con las minorías. La lucha para someter al Tíbet fue larga y sangrienta, y la presión ejercida sobre los grupos étnicos minoritarios no fue débil.

Tampoco estaba absolutamente claro si el Partido había conquistado realmente el regionalismo, o sólo se había adaptado a él. Las pruebas de que se puede disponer ahora sugieren que el enclave histórico del poder político y militar tan característico de la China antes de 1949, no se borró con la llegada de los comunistas, y en realidad hubo una sorprendente continuidad en el mantenimiento de la autoridad —y de la autonomía— regional, con el sólo cambio de los rótulos en algunos casos. Podríamos descubrir que el localismo y el provincialismo chino permanecen fuertemente atrincherados a pesar de los objetivos y las técnicas de los comunistas.

No obstante, la autoridad política bajo el aspecto de un

partido monolítico centralizado, parecía bastante fuerte. Los líderes del Partido dieron muestras evidentes de formar una *élite* unificada, armoniosa y experimentada. El prestigio y la posición dentro del Partido se basaba fundamentalmente en el tiempo que se hubiera permanecido a su servicio. El pequeño y viejo grupo de bolcheviques que rodeaban a Mao Tse-tung, casi todos los cuales habían permanecido con él varias décadas (por lo menos desde la Conferencia Tsunyi en 1935), ocupaban los puestos de supremo poder en el Politburó. En un estrato más bajo, y seguidos del grupo Yenen, se encontraban los veteranos de la "Gran Marcha", menos de mil individuos, que generalmente poseían, en orden inmediato, los cargos de más confianza y prestigio. Dentro de estos varios rangos no se evidenciaban demasiado los conflictos personales. Sin embargo, ocurrió un incidente serio: la purga de Kao Kang y de Jao Shu-shih, dos miembros importantes del Partido, que poseían una trayectoria distinguida y altos cargos en Manchuria. Las acusaciones, que se sustentaban en actividades anti-partidistas y antimaoístas, sacudieron al Partido en 1950, especialmente porque hubo implicaciones de carácter militar. No obstante, en términos generales, el Partido se mostraba extraordinariamente unificado y las fuerzas armadas parecían estar completamente subordinadas a sus órdenes. A pesar de las enormes pérdidas, las fuerzas chinas lucharon bien y con escasas deserciones en la guerra de Corea.

Finalmente, en el plano de la política exterior, éste también fue un período de triunfos considerables. En un principio, el nuevo régimen se subordinaba en gran medida a los lazos que lo unían a la Unión Soviética y, por medio de Moscú, al bloque comunista de Europa oriental. Sus relaciones con el mundo afroasiático que surgía eran muy limitadas. En este ámbito, el mayor prestigio e influencia correspondía a la India de Nehru. La situación iba a cambiar casi completamente una década más tarde. China —aislada de las dos grandes potencias mundiales— había alcanzado una posición importante en el mundo occidental, mientras el prestigio de la India declinaba rápidamente entre los afroasiáticos y se acercaba tanto a Moscú como a Washington. Producto de la tradición, del nacionalismo y de las teorías de Marx, Lenin y Mao, la diplomacia de China comunista fue exhibida con mucho éxito, en la

conferencia de Bandung en 1955, en la que Chou En-lai enunció los principios de la coexistencia pacífica. Y estos éxitos estaban basados en la experiencia de la alianza chino-soviética —alianza que prometía ser la más formidable del siglo xx. En 1950, desplazándose por el continente euroasiático, dos naciones se habían prometido ayuda y defensa mutuas, habían unido de esta manera casi mil millones de individuos y amenazaban dominar los pueblos limítrofes. Esta alianza persuadió a muchos asiáticos de que China era la línea del futuro y que debería ajustarse a ella la actividad política de los pequeños estados. Por su parte, los nuevos líderes chinos no malgastaron ni sus exhibiciones de poder ni sus gestos de magnanimidad al manejar a “los bárbaros” de sus fronteras.

En resumen, los primeros años del gobierno comunista chino fueron, desde el punto de vista comunista, de extraordinario éxito; esto condujo a un optimismo desbordante y aun al complejo heroico de que “atreverse es hacer”, factor éste que contribuyó sin duda al “Gran Salto Adelante” que se inició a principios de 1958. El “Gran Salto” representaba un cambio radical en el curso de la economía y al mismo tiempo iba a afectar a casi todos los aspectos de la vida en la China continental. En esencia, el “Gran Salto” era un esfuerzo para provocar una “marcha forzada” radical hacia el desarrollo económico. Debía elevarse la producción a alturas fantásticas mediante la movilización total de la mano de obra, y “teniendo a la política como guía”; además era necesaria una confianza en la exhortación al sacrificio y una nueva moral comunista que dejaba de lado todo pensamiento en el incentivo material y en intereses de índole particular. Entonces se inició en las vastas áreas rurales de China el sistema de comunas y la nación entera fue dividida en 25 000 o 30 000 unidades administrativas con una vida teóricamente colectivizada hasta un grado sin precedentes aun dentro del mundo comunista. Millones de campesinos comprobaron de repente que sus predios habían sido expropiados, y en algunos casos se les ordenó abandonar sus propias cocinas. Como miembros de las brigadas de trabajo se les enviaba a cultivar la tierra, se les entrenaba como parte de la milicia popular ampliamente extendida, asistían a las reuniones del Partido —y cuando no estaban ocupados en estas actividades, se les presentaba la perspectiva de trabajar en las fábricas.

El "Gran Salto" era, en parte, producto del optimismo que penetró en las líneas comunistas, basado en la creencia de que, así como se habían producido milagros en el pasado, podían darse también en el presente. No obstante, había implícitos ciertos cálculos racionales. A pesar de los impresionantes éxitos económicos del pasado inmediato, los comunistas afrontaron el problema de la imposibilidad de absorber la extraordinaria fuerza de trabajo bajo las tasas de crecimiento que prevalecieron en el período 1952-1957. El desempleo y la desocupación eran problemas graves. Si teóricamente podía utilizarse completamente la mano de obra y si el campesino podía ser mantenido en su granja —mientras se transportaba la fábrica hacia él— se obtendrían ganancias sustanciales. Ciertamente, una de las mayores premisas que sostenían el "Gran Salto" y el sistema de comuna, era la tesis de que la mano de obra podía sustituirse por la mecanización, y que las áreas rurales podían ser mucho más eficientes y bastarse a sí mismas por medio de un sistema que diversificara la economía del campesino, añadiendo un componente industrial de baja inversión, mientras al mismo tiempo se eliminaba completamente la actuación del sector privado en la producción y en la distribución.

Cualesquiera que fueran las premisas, el "Gran Salto" fue un desastre sin atenuantes y la raíz de muchos problemas, tanto políticos como económicos, que hoy afectan a la China comunista. Por supuesto, el liderazgo señala como culpables a dos factores: tres años sucesivos de sequía y la desertión de los rusos. Si bien es cierto que estos son factores de indudable importancia y que provocaron el aumento de la magnitud de la crisis, las causas básicas del fracaso fueron las deficiencias económicas inherentes al "Gran Salto".

El fracaso fue de grandes proporciones. En 1960 y 1961 la producción industrial fue restringida drásticamente a causa de las dislocaciones, la falta de materia prima y de otros problemas graves. También se cortó notablemente la producción agraria y la falta de alimentos se agudizó en muchas partes del país. Mientras en la excelente cosecha de 1958 la producción había excedido los 200 millones de toneladas métricas en granos, la de 1959-1961 probablemente no pasó de los 160 ó 170 millones de toneladas, en tanto que el índice de población

ascendía todavía a un promedio del 2 al 2.4 % anual. En realidad, hacia 1960 se había derrumbado el "Gran Salto", y tuvo que ordenarse una retirada general. Con los incentivos materiales que se introdujeron, con la alteración de los métodos de producción y las metas que se cambiaron rápidamente, se enmendó completamente el sistema comunitario. Se dejó de hablar acerca de "caminar sobre las dos piernas", es decir, el avance simultáneo de la industria y la agricultura, en ésta y en los sectores de la industria conectados con la producción agrícola (los fertilizantes por ejemplo), vinieron a concentrarse los nuevos propósitos. No se escuchó más aquel jactarse de que China se pondría a la par de Gran Bretaña en 15 años, y se redujo la presión sobre los exhaustos campesinos. Gradualmente, con la vuelta a medidas económicas sensatas, se emprendió la recuperación del desastre. No obstante, el precio que se pagó por el "Gran Salto" fue enorme. Hacia 1965, la China comunista apenas había recobrado el impulso de 1957. Casi una década se había perdido, y probablemente el desarrollo total de China desde 1949 a 1965 no sobrepasó el 3 ó 4 % anual. Más aún, la purga de Peng Te-huai sirvió para llevar al primer plano aquellos problemas básicos que ahora se habían planteado y que habrían de provocar la escisión entre el Partido y el pueblo. El oficial Peng, cuya distinguida carrera militar y política lo había situado en el puesto de Ministro de Defensa, fue eliminado en 1959 después de lo que parece haber sido un largo y agrio debate dentro de los círculos más altos del Partido. Fueron dos los temas esenciales: primero, si la política económica que se llevaba era adecuada y específicamente, qué papel debía tener el ejército en el desarrollo económico y en la organización política; segundo, si por más legítimas que fueran las quejas, China podría afrontar una completa ruptura de relaciones con la Unión Soviética.

Por supuesto, no podemos reconstruir las líneas exactas del argumento que se expuso, ni el número exacto de los individuos complicados. No obstante, los puntos más importantes han sido revelados inequívocamente en el periódico militar secreto *Kung-tso Tung-hsun* y en otras fuentes. El tema más importante, en muchos aspectos, giró sobre el problema fundamental de rojo *frente a experto*. Este podría expresarse de varias maneras. ¿Podría la política —o la ideología— suplantarse

los incentivos materiales como elementos fundamentales para la producción? ¿Podría la superestructura política convertirse en el fundamento de la estructura económica? Y más exactamente, ¿debería politizarse intensamente el ejército para que operara a través de una armazón de actividades políticas y económicas, aun a riesgo de reducir o retardar su modernización?

Los opositores de Peng, entre los que seguramente se contaba Mao, lo acusaron de buscar la separación del Partido y el ejército, oponiendo el control del Partido a la institución militar. Denunciaron luego su escepticismo con respecto a la nueva política económica y su aversión a comprometer el ejército en actividades amplias desconectadas de lo militar. La segunda acusación estaba íntimamente ligada a estos puntos. ¿Estaban Peng y sus simpatizantes aferrados al modelo soviético, abogaban por métodos extranjeros, y querían la alianza, no importaba cuál fuera el costo que implicara la sumisión a la política soviética? ¿Eran ellos "revisionistas" que argumentaban de manera oportunista, que el camino que seguía Rusia tanto en el desarrollo económico como en la política internacional era el correcto y en este caso, ni en lo económico ni en lo político podría China permitirse la ayuda soviética?

En estos puntos se asentaba la división básica entre el primitivismo de Mao y el profesionalismo de Peng, entre el "complejo guerrillero" Yenán que había dominado constantemente a los viejos bolcheviques y el "revisionismo" incipiente que tarde o temprano acompaña al proceso de modernización, como ocurre en todas las sociedades en vías de formación. Bajo este aspecto, China puede compararse con un grupo de estados no occidentales que no pueden ser considerados comunistas política o ideológicamente. La primera generación de la *élite* evolucionaría tiende a ser ideológicamente fuerte, y profundamente politizada, y su líder supremo tiene, o adquiere, ciertas cualidades carismáticas. Estos "renacentistas" se entregan fundamentalmente a la movilización política, y la construcción de una nación acapara el primer puesto. Por último los pragmáticos vencen a los ideólogos, los administradores reemplazan a las figuras carismáticas, y el mismo progreso de modernización trae una demanda creciente de profesionalismo en todas sus formas, un profesionalismo conectado con la economía y la ciencia.

Estos fueron los problemas que afrontó Pekín al final de la primera década de gobierno comunista junto con la cuestión, algo aislada, de nacionalismo contra internacionalismo —puesto que esta última fue básica para la querrela chino-soviética. ¿Hubiera producido el nacionalismo chino, una vez alcanzada su culminación, las mismas manifestaciones psicológicas y políticas que se dieron en el nacionalismo occidental con una base ideológica diferente? ¿Los problemas de “interés nacional” hubieran modelado y dominado el internacionalismo proletario como había sido en realidad, el caso de la Unión Soviética? ¿Se rechazaría el modelo soviético, en parte por una cuestión de orgullo, y sugeriría el patriotismo que fueran rechazados los intentos soviéticos de influir o dominar, no importaba cuál fuera el precio económico o político que tuviera que pagarse?

En este sentido estaban íntimamente conectados los casos paralelos de política económica interna y de política externa, especialmente las relaciones con la Unión Soviética. Sobre todo, el problema de primitivismo contra profesionalismo, provocaba, en principio, la cuestión de las relaciones entre el ejército y el Partido, problema que no faltó en el pasado, pero que ahora era de tremenda importancia. Esto promovía otra cuestión: las relaciones entre el Partido y los intelectuales. En 1957, el Partido se escandalizó profundamente ante la actitud de la comunidad intelectual china durante lo que se denominó el “Movimiento de las cien flores”. Mao había divulgado su famosa proclama de discusión y argumentación en febrero de 1957, y cuando el Comité Central sancionó la orden, desde fines de abril hasta principios de junio, más o menos durante seis semanas, se produjo una notable explosión de libre crítica que tenía su centro en las universidades.

Los maoístas descubrieron que un poco de libertad es algo peligroso. Hacia principios de junio, el movimiento había traspasado sus límites: algunas críticas golpearon en el meollo de la acción y la teoría comunistas y a las palabras siguieron los hechos en forma de demostraciones. El fantasma de un club Petofi, fantasma del que aún se habla a menudo (asociación intelectual que ayudó a provocar la revuelta húngara), pesó grandemente en la mente de los líderes del partido. Siguió una campaña anti-derechista, pero quedó en el círculo maoísta

la profunda sospecha de que las instituciones de estudios superiores representaban a la ciudadanía burguesa, que alimentaban una nueva generación de reaccionarios, una juventud que apreciaría el estudio por el estudio mismo, apoyaría la cultura china tradicional y mostraría desprecio por las clases trabajadoras campesinas. Una vez más debemos recordar hasta qué grado el maoísmo representa una fuerza primitiva y rural orientada hacia el campesinado, que tiene ciertos prejuicios instintivos tanto anti-intelectuales y anti-urbanos, como anti-burgueses y anti-profesionales.

A pesar de la crisis de 1960-1961, el Partido pareció ascender a la superficie sin pérdidas graves. Pero en realidad se estaba produciendo, subterráneamente, un profundo cambio en lo que se refiere a la organización. Lin Piao, que había sucedido a Peng Te-huai, estaba organizando el Ejército de Liberación Popular como instrumento de poder gubernamental bajo los lemas de "Política y orden" y "Aprendamos el pensamiento de Mao". Más aún, estaba estructurando una organización que competía fundamentalmente con el Partido.

Este desarrollo se produjo fácilmente porque los rangos del Partido, especialmente en el nivel local y regional, estaban bastante desorganizados. Las secciones locales del Partido habían sido acusadas de los errores del "Gran Salto" y se habían producido numerosos cambios. En muchas regiones la moral había decaído terriblemente. En estas circunstancias, Lin y sus subordinados lanzaron dentro del ejército una gran campaña para el desarrollo de los "Cuadros militares leales al partido", formados por jóvenes bien adoctrinados, que servirían para proveer de guía política tanto a los círculos militares como a los civiles (especialmente en la comuna). Miles de nuevos afiliados llegaron en este período desde puestos militares, y la estructura del Partido se fortaleció en gran medida dentro del ejército. Un problema que intriga, y sobre el cual no hay pruebas claras, es hasta qué punto esto produjo problemas de jurisdicción y sentimientos de competencia y/o ansiedad dentro de la organización civil del Partido, entre hombres que como Liu Shao-chi y Teng Hsiao-ping estaban en la cúspide y sus subordinados en el mismo campo. Pero, efectivamente, es posible sostener la hipótesis de que en ciertos aspectos, el ejército, bajo Lin, comenzó en 1960 a desempeñar un papel —por

lo menos en parte un rol independiente— que lo situaba en posición competitiva con el Partido, y produjo una fuerza dual organizada, un rival en potencia dentro del campo político.

La política militar fue aprobada y alabada enteramente por Mao. Y efectivamente, el lema penetrante de “Aprendamos del PLA”, se extendió por toda la nación. En un período de crisis e intranquilidad, conmovido el Partido severamente, la estabilidad militar se presentó a los ojos del viejo líder como un pilar de fortaleza y una fuente de bienestar. Una vez más se le dio la oportunidad de apreciar su antigua máxima, “El poder político sale del cañón de un fusil”.

Los acontecimientos de los últimos meses deben considerarse sobre esta base. No puede dudarse de que a pesar de la rigurosa campaña anti-derechista contra la crisis intelectual de 1957, la crítica a la política del régimen resurgió después de 1960, como consecuencia de los sucesivos fracasos en la política interna y externa. Más aún, estas críticas vinieron en ciertos casos de intelectuales conocidos, hombres asociados por largo tiempo con el movimiento comunista y que ocupaban cargos de prestigio en el Partido. La técnica pública usada era familiar a las sociedades de hoy y del pasado que viven bajo un gobierno autoritario: se escribieron relatos que se situaban en tiempos remotos, cuyos personajes y argumento eran veladas representaciones de los problemas de la actualidad. Así, durante 1961 y 1962, Wu Han y sus colegas de Pekín, Teng To y Liao Mo-sha, escribieron obras de teatro y artículos en los que lanzaban críticas sobre los problemas apuntados arriba, personalizándolos con marcadas sugerencias acerca de los siervos leales a la causa (Peng Te-huai) que habían sido expulsados, mientras la corte del Emperador (Mao), estaba llena de psicópatas y de hombres corrompidos.

Tal vez sorprenda que Mao y los maoístas no hayan devuelto el golpe inmediatamente, puesto que ciertamente deben haber leído, como se pretendía que lo hicieran, obras como la de Wu, *La destitución de Hai Rui*. Pero Wu era vice-intendente de Pekín, y es de suponer que estaba relacionado no sólo con Peng Chen, sino también con Liu y Teng. Un golpe contra Wu y sus colegas, hubiera implicado la decisión de embestir contra todo el aparato del Partido en Pekín —por lo menos éste era el último resultado de los acontecimientos. Tampoco

es clara la posición y el papel de Mao en los años posteriores a 1959. Hubo rumores de que había perdido considerable poder dentro del Partido, y que en realidad, sólo el ejército podía devolvérselo. Ante la falta de pruebas concretas, no es provechoso especular demasiado sobre la situación de Mao y la estructura exacta del poder durante este período. Es uno de los problemas que deben dejarse sin aclarar, por los menos en estos momentos. No obstante, es evidente que se permitió que quedara sin respuesta durante varios años la crítica solapada contra la política maoísta, a pesar de que esta crítica debe haber sido considerada tan peligrosa como desleal.

Sin embargo, hacia 1963, se había planeado cuidadosamente una campaña contra los “intelectuales burgueses” y se habían dado ya los primeros pasos. Esta campaña se desarrolló con firmeza y alcanzó su climax en el otoño de 1965. En septiembre de ese año, Mao pidió una lucha sin cuartel contra la ideología burguesa durante la Conferencia de Propaganda Nacional que se reunió en el Comité Central, y dos meses más tarde, el *Diario del Ejército de Liberación* lanzó un ataque abierto contra Wu Han y sus colegas de Pekín.

A esta altura habían ocurrido varios acontecimientos que hacían más agudos los problemas que tenían su origen en los sucesos de 1958-1959. En lo interno, el gobierno había conseguido una recuperación apreciable de la economía nacional al utilizar métodos más racionales y establecer metas más modestas. Sin embargo reaparecieron los viejos problemas junto con el debate sobre el tercer plan quinquenal que se había pospuesto por largo tiempo, y cuya aplicación se proyectó para fines de 1965 o principios de 1966. ¿Debían mantenerse y aún propagarse los incentivos materiales, o debía revitalizarse y elevar el concepto de comuna que jamás, en ningún grado, se había repudiado oficialmente? El tema del “revisionismo” o de “la búsqueda para restaurar el capitalismo”, estaban íntimamente ligados con problemas como éstos.

También se presentaban problemas complicados con el exterior. Las relaciones chino-soviéticas habían decaído mucho hacia 1964, y los líderes chinos se encontraron luchando en una peligrosa guerra de dos frentes —por un lado contra el “imperialismo americano” y por otro contra el “revisionismo soviético”. Mientras esta guerra parecía sostenerse bien, hacia

1963-64 los comunistas chinos se habían extendido peligrosamente por el continente asiático, e inmensas grietas, que no articulaban bien con el futuro, se producían en el movimiento comunista internacional. Una vez más, se presentaban problemas fundamentales, problemas que en muchos sentidos, llegaron a un climax con la guerra de Vietnam, que iba en aumento.

¿Cuán aguda era la amenaza de un conflicto directo entre China y los Estados Unidos, y hasta qué punto era crítico para el prestigio chino el triunfo de la táctica maoísta en Vietnam? ¿Debería formarse un frente común con Rusia, aun en el caso de que ese frente se limitara a lo que concernía a Vietnam y no solucionara ningún problema básico entre Moscú y Pekín? La posición maoísta era dura, dura tanto con respecto a Washington como a Moscú. Los voceros de Pekín anunciaban constantemente que no había posibilidad de mejoramiento en las relaciones con los Estados Unidos si no se aceptaban sus condiciones en el conflicto de Taiwan. Los mismos voceros afirmaban que, a menos que los líderes soviéticos abandonaran el revisionismo de Jruschov y se disculparan por los errores pasados, no podría contemplarse ningún adelanto en las relaciones chino-soviéticas. Es imposible creer que esta política dura, especialmente con la Unión Soviética, no haya provocado críticas dentro del PCC.

La Revolución cultural proletaria era en gran medida una respuesta maoísta a cuestiones que concernían al desarrollo económico y a la doctrina político-ideológica. Al golpear contra los métodos de enseñanza de tipo burgués y reaccionario y contra los centros de estudio, los maoístas podían silenciar una fuente importante de crítica, y organizar al mismo tiempo la educación de tal manera, que sirviera a los "intereses proletarios"; creando un nuevo hombre comunista se preservaba la pureza de la revolución contra las amenazas del "revisionismo" interno y externo, y se garantizaba la sucesión en el poder de una generación joven de buenos seguidores de Marx, Lenin y Mao. Los maoístas argumentaban que la educación debía tener un profundo contenido popular, y proyectaron así métodos que permitieran el acceso a la educación superior a un número mayor de trabajadores y campesinos y redujera el elemento burgués. Uno de los métodos consistía en instituir "fa-

cultades” o proporcionar elementos de escuela superior a las fábricas y a las comunas, con personal que se conseguía entre los que trabajaban en las plantas. Otro método consistía en “proletarizar” a los estudiantes estableciendo un sistema de medio tiempo en el trabajo y el estudio, de modo que éstos podían dedicar parte de su tiempo al trabajo del campo o de la fábrica. Debe considerarse que existían causas diferentes de las puramente políticas o ideológicas para establecer este tipo de programas. Los gastos que produciría una educación calificada y de tiempo completo, era un peso que el estado no estaba preparado para sostener en el caso de que el sistema se extendiera. Más aún, no hubieran podido absorber la nueva *élite* educada, si de acuerdo con la tradición hubieran llegado a inmunizarse contra el trabajo manual o “degradante” y estuvieran preparados para aceptar sólo cargos de prestigio.

A pesar de los graves problemas que alcanzaron su climax durante 1964-1965, y del carácter variable de los esquemas internos de la organización del poder, es seguro que nadie, incluso aquellos que hoy se llaman maoístas, previó los acontecimientos que se derivarían de la “Revolución cultural” cuando ésta comenzó. En realidad, en un principio pudo haber tenido propósitos relativamente limitados del tipo arriba señalado. Es ciertamente imposible discernir únicamente a base de temas fundamentales, quiénes fueron los que, en último término, quedaron cercados en la lucha por el poder. Hay, en efecto, varios ejemplos donde las diferencias ideológicas no son suficientes para captar este problema: sólo una lucha de vida o muerte por la autoridad.

No es éste un desarrollo extraño en el curso de las luchas por el poder, ya sea en un ambiente comunista o no comunista. La conexión entre los problemas tales como el poder y la relación personal es a menudo extremadamente compleja e intrincada. Con seguridad existieron los problemas —y el más obvio de todos fue en sí mismo un fracaso. No obstante, estos conflictos llegaron a entrelazarse cuando se produjeron los desafíos a la autoridad personal y organizadora. Esto provocó el surgimiento de conflictos personales y regionales de grandes proporciones.

No es fácil en estas circunstancias delinear con seguridad el progreso de la crisis, pero pueden señalarse algunos pun-

tos. El asalto a los intelectuales de Pekín, condujo directamente a un ataque de los maoístas contra el partido municipal, que a su vez trajo como consecuencia la purga de Peng Chen; la violencia creciente contra los centros mismos del Partido apuntaba fundamentalmente a un ataque contra Liu Shao-chi y Teng Hsiao-ping. Estos ataques se iniciaron desde fuera de Pekín por conductos militares. Por ejemplo, el primer ataque contra Wu Han lo lanzó el *Diario del Ejército de Liberación* —obviamente, porque los periódicos de Pekín, incluso el *Diario del Pueblo*, estaban en manos contrarias.

Las dimensiones de la crisis se extendieron en gran medida y su ritmo se aceleró a principios de la primavera de 1966, en parte tal vez, a causa de lo que acontecía en la escena internacional, y en parte como consecuencia de los conflictos personales por el poder cada vez más agudos. No podemos determinar exactamente la naturaleza precisa de los factores causativos ni su orden de prioridad. ¿Estaba ahora el Partido completamente alerta ante la posibilidad de un golpe de estado preparado por las fuerzas armadas (Lin Piao) y Mao? ¿Era precaria la salud de Mao de modo que se producía entonces el agudo problema de la sucesión? ¿Se afirmaba la creencia de que los Estados Unidos no atacarían China, a pesar de la creciente gravedad del conflicto vietnamés, a causa de las afirmaciones públicas y privadas que hacían los americanos, y que por lo tanto la crisis interna podría resolverse sin temor de inminentes complicaciones externas? ¿Estaba creando nuevos problemas la intervención soviética en la política interna china? ¿La presión que ejercían los partidos comunistas japoneses y coreanos para que se creara un frente común en Vietnam causó, en particular, una crisis en la política exterior que produjo más tarde, en abril y mayo de 1966, la división del liderazgo?

Todos estos factores y varios más pueden haber estado implicados. De cualquier manera, no cabe duda de que la crisis aumentó y de que nuevas armas se pusieron en juego. A principios de 1966, se produjeron ataques en Pekín y en otros sitios contra los principales intelectuales, especialmente contra los administradores académicos, y pronto siguieron las purgas. En junio, Mao alentó personalmente el movimiento que se llamó "Pasquines de grandes caracteres" distribuidos por los estudiantes y en los que se denunciaba a líderes del partido. Se suspen-

dieron las facultades y las escuelas superiores, y se formaron las Guardias Rojas, cuyo cuerpo principal estaba constituido por estudiantes que contaban entre quince y veinte años. Con estas unidades paramilitares y con el PLA, Mao afrontó al Partido a principios de agosto, aunque es completamente imposible que en ese tiempo, él, Lin Piao y sus seguidores no tuvieran el control de la mayor parte del Comité Central. ?

La lucha se extendió cuando los Guardias Rojos intimidaron a todos aquellos que se oponían al "maoísmo". Pero un estudio cuidadoso de lo que aconteció en el otoño y la primavera de 1966, muestra una extraordinaria tenacidad por parte de las fuerzas de Liu-Teng y una amplia escala de contra-tácticas. No hubo intento de denunciar a Mao personalmente, pero el Partido contraatacó, organizando su propia Guardia Roja en algunos casos, en otros, infiltrándose en las unidades maoístas, buscando movilizar sus propias fuerzas de trabajadores para combatir a los Guardias Rojos, y usando técnicas aun más sutiles, tales como pagar primas a los trabajadores para atraerse su apoyo, y establecer además un sistema privado de comunicaciones para mantener sus fuerzas informadas e intactas.

Sin embargo, los maoístas habían conseguido tres ventajas fundamentales: la posesión del nombre y el prestigio de Mao; la posesión y el control de la clase media y de las principales líneas de comunicación; y sobre todo, el acceso a un importante poder militar y paramilitar. Por lo tanto, habían conseguido el control de la mayoría de las ciudades más importantes, aunque no sin un manifiesto apoyo del ejército. No obstante, en la mente de muchos observadores permanecía la idea de que, si básicamente los maoístas no habían perdido las batallas recientes, sí habían perdido esta guerra.

En cierto sentido, los anti-maoístas (para designar con una palabra lo que es un grupo de fuerzas mucho más heterogéneo) conservaban todavía el poder regional o la autoridad, en la mayor parte de China. La división rural-urbana se había intensificado a causa de los acontecimientos recientes, y una vez más el regionalismo vino a ser un factor importante. El ejército ha llegado a ser indispensable para los maoístas y si quieren conseguir cualquier "victoria" deben buscar ahora una alianza con el ejército como cuerpo central y elementos como

la Guardia Roja y los leales al partido que puedan ser atraídos a sus líneas.

Casi con seguridad, el Partido Comunista Chino ha sido quebrantado profundamente, especialmente por los acontecimientos de los últimos veinticuatro meses. La confusión acerca de los “buenos” contra los “malos” debe encontrarse a un nivel sin precedentes, y la moral dentro de los cuadros del partido debe ser tremendamente baja, ya sea que se los señale como “pro-Mao” o “anti-Mao”. El ejército permanece, por lo tanto, como elemento fundamental para el futuro. Son factores de extrema importancia su fidelidad, su solidaridad y su liderazgo presente y futuro. Pero si, no obstante, el pasado puede tomarse por guía, el ejército no está unido. Peng, que según se informa está ahora arrestado, puede tener todavía apoyos importantes, y la purga de Luo Rui-ting, Jefe de Estado Mayor, en 1966 es sólo índice de problemas mayores. ¹ Los líderes militares locales, que permanecieron largo tiempo en el poder regional, nunca fueron eliminados por los nacionalistas. Existen algunas pruebas de que tampoco han sido eliminados por los comunistas. ²

En términos generales, pueden presentarse cuatro alternativas: los comunistas pueden “ganar” por lo menos en el sentido de conservar el control de las áreas vitales y remodelar gradualmente el Partido bajo la protección del PLA. O puede producirse un estancamiento y alguna figura importante —comúnmente se menciona a Chou En-lai— puede tratar de unir el partido por medio de la rehabilitación de algunos, si no de todos los opositores, sin que ninguna fuerza consiga una victoria total. O Mao puede ser rodeado y capturado por el Partido y protegido cuidadosamente como en un principio buscó proteger a Sukarno el ejército indonesio; tal solución dependería de la ayuda de fuerzas armadas “amistosas” supuestamente anti-Lin-Piao. O por último, puede producirse un caos en grado suficiente para torcer el concepto de nuevo jefe militar, con centros regionales de poder que se desarrollen con ausencia de una fuerza comunista monolítica, centralizada y poderosa.

En otros aspectos, pueden presentarse “alternativas puras”; es probable que, en efecto, se desarrollen algunas combinaciones de ellas. No obstante, podemos estar seguros de una cosa: ésta es la crisis política más grave a que se enfrentó el Partido

Comunista Chino desde el momento que llegó al poder. No importa qué ocurra en un futuro inmediato, el Partido se quebrantó enormemente y su recuperación no será fácil ni rápida. Más aún, casi es seguro que el maoísmo se encuentra en sus últimas etapas, no importa cuánto respeto se tenga a Mao y a los maoístas de hoy. El primitivismo está condenado por el simple curso del proceso de modernización; finalmente, los profesionales deben ganar, por lo menos hasta que llegue el momento en que su afluencia los elimine parcialmente —y por lo menos, en lo que a China concierne, ese momento no se avisora todavía. Pero resta una cuestión poco clara que surge de un panorama sobre China: a pesar de todos los adelantos en la ciencia, la tecnología y la organización, ¿es posible que estados como China, sean todavía demasiado extensos para una modernización efectiva bajo un sistema de nación-estado, dadas las técnicas de que comúnmente disponemos? Tal vez, la respuesta a esta pregunta es que no son demasiado extensos —pero a la luz de los acontecimientos presentes, valdría, por lo menos, considerarla una vez más.

Traducción: M. A. VENTER